
Ecología Histórica de la Reforma Luterana

Eduardo Cárdenas, S.J.*

INTRODUCCION

Nuestro encuentro de esta noche con el cual la Pontificia Universidad Javeriana, a través de su Facultad de Teología, quiere asociarse a la celebraciones del 50. centenario del nacimiento de Lutero, así

como las conferencias que se tendrán en los días subsiguientes, y especialmente el acto litúrgico ecuménico del próximo viernes, están inspirados en la comprensión y caridad cristiana, en el estímulo que la Iglesia católica quiere imprimir en sus hijos en orden al encuentro

* Doctor en Historia Eclesiástica, Universidad Gregoriana, Roma; Profesor en la misma Universidad y en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.

Conferencia dictada en la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana durante las jornadas organizadas en el mes de octubre de 1983, con ocasión del V Centenario del nacimiento de Lutero.

Las ideas de esta conferencia están fundadas en una bibliografía selecta cuyos títulos ofrecemos: DENIFLE, H., *Luther et le Luthéranisme* (traduc. del alemán) 3 Vols., Paris 1913-1916; IMBART DE LA TOUR, P., *Les origines de la Réforme*, 3 Vols., Paris 1905-1914; GARCIA-VILLOSLADA, R., *Lutero visto por los Historiadores católicos del siglo XX*, Madrid 1973; ID., *Raíces históricas del Luteranismo*, Madrid 1969; ID., *Martín Lutero*, 2 t. Madrid 1973; GRISAR, H., *Martín Lutero: su vida y sus obras* (traduc. abrev. del alemán) Madrid 1934; ISERLOH, E., "Lutero visto hoy por los Católicos", *Concilium* 14, 1966, 477-188; LEONARD, E.G., *Histoire Générale du Protestantisme*, T.I, Paris 1961; LORTZ, J., *Historia de la Reforma* (traduc. del alemán), 2 Vols, Madrid 1963-1964; WITTE, J., "Siamo d" accordo su Lutero? (. . .)", *Gregorianum* 58, 1976, 173-187.

pleno en Cristo de todos cuantos creemos en El y lo confesamos único Señor, y en la súplica infalible del mismo Jesús, "Te pido que todos ellos estén completamente unidos; que sean una sólo cosa en unión con nosotros, ¡oh Padre, así como estás en mí y yo en Tí! Que estén completamente unidos para que el mundo crea que Tu me has enviado" (Jo. 17-21).

La historiografía católica y reformada ha creado el estereotipo de la Orden de los Jesuítas, como la del escuadrón que organizó el asalto contra los herejes. Se ha olvidado que San Ignacio de Loyola, nuestro fundador, pedía, continuas oraciones por la unidad, nominalmente por Lutero, Melanchthon y Bucero, así como Lutero había esperado largo tiempo, y pedido a Dios que iluminara al Papa.

Tendré que hacer también una aclaración. Cuando empleo los vocablos "protestante" y "protestantismo", no es mi intención atribuirles un cierto trasfondo pobre y negativo, polémico y aun despectivo que ha adquirido en la agria contienda que imperó durante cuatro largos siglos. Su origen es ante todo histórico, debido a la "protesta" de los luteranos elevada en la Dieta de Espira en 1529 contra ciertas decisiones de Carlos V. Uno de los más grandes teólogos reformados de los tiempos modernos, Karl Barth, ha recogido la palabra y el verbo airoosamente: "protestar", ser "protestante" significa que hay una voz que se levanta para testificar, para

proclamar el absoluto señorío de Dios sobre todas las pretensiones humanas. Barth se expresaba así precisamente cuando sobre Alemania se proyectaba el espectro paganzante de Hitler.

UN NUEVO CENTENARIO

Al sonar las doce campanadas que anunciaron el pasado 31 de diciembre el comienzo del año de gracia de 1983, se inició desde todas las torres de las iglesias evangélicas diseminadas desde Saboya hasta Finlandia, desde Lorena hasta Bohemia, una solemne sinfonía de campanas: el mundo protestante preconizaba de esta suerte que se abría un año cargado de significación y de recuerdo: era el año cinco veces centenario del nacimiento de Martín Lutero, en Eisleben, el 10 de noviembre de 1483.

"Una tradición teñida de leyenda —escribe el gran historiador del protestantismo, Emile Léonard—, pinta su juventud como triste y replegada sobre sí misma" Cita a continuación a su colega católico, Imbart De la Tour: "En esa falla de la llanura de Sajonia donde nació Lutero, la naturaleza es áspera como el horizonte es estrecho; entre las crestas monótonas y rectilíneas que se recortan contra el cielo son raros los jirones de verdura y de luz". "Se nos pinta su juventud —dice Léonard— como la de un niño maltratado por su familia antes de sufrir en las escuelas y conventos. Es, en efecto, uno de esos bellos casos de promoción social

frecuentes en el final de la Edad Media. De ello Lutero se mostrará orgulloso: *“soy hijo de un campesino. Mi bisabuelo, mi abuelo, mi padre, eran campesinos auténticos”*.

Cuando nació Lutero en 1483, toda Europa, desde el Báltico y Moldavia, hasta Inglaterra y Portugal, era católica. Cuando murió, 63 años más tarde, en 1546, en menos de dos generaciones se había cambiado fundamentalmente el mapa religioso de Europa. El más reciente historiador católico alemán de este fenómeno imponente, Josef Lortz, atento a hacer justicia a la verdad histórica, no vacila en llamarlo *“la mayor catástrofe en la historia de la Iglesia católica”*.

Las celebraciones de los centenarios de Lutero, menos alejados cronológicamente de nosotros son termómetros del clima espiritual, social y psicológico en que han ocurrido. En 1817 se conmemoraron 300 años del primer clamor de reforma luterana. El mundo evangélico, especialmente alemán, los celebró bajo el entusiasmo de una revitalización germánica que desafiaba a un catolicismo desarmado por los efectos de la secularización religiosa de Alemania a principios del siglo XIX.

En el cuarto centenario del nacimiento del Reformador, hace un siglo, Alemania se presentaba políticamente unida y arrogante. Con su *“Lucha por la cultura”* y bajo la consigna *“Los von Rom”*, el aparato gubernativo había reducido a los católicos a ciudadanos de segunda

categoría. Lutero representaba el prototipo del *“homo germanicus”*. Mas en 1917 un nuevo cuarto centenario apenas si podía celebrarse porque el imperio teutónico se hundía entre los escombros de la Gran Guerra. Ahora, en 1983, con un sentido marcadamente religioso, sin alardes de superioridad, desafío, ni de polémica, no son únicamente los luteranos, los calvinistas, los metodistas, los anglicanos, son también los católicos quienes se hermanan para reflexionar sobre la significación moral de Martín Lutero, cuyos valores auténticos no es posible desconocer.

OTRO LUTERO Y OTRA HISTORIOGRAFIA

En el tumulto de la contienda religiosa de los siglos XVI y XVII los católicos habían satanizado la persona y la obra de Lutero. También él y los protestantes habían satanizado la persona y el ministerio del Papa. Las pavorosas lecciones de estos cuatro siglos y medio, el cataclismo de la segunda guerra mundial, la paganización de la vieja Europa cristiana, han ablandado las posiciones, han acercado a los antes irreductibles combatientes: Es *“la voz del Señor ante el relámpago”* (Salmo 29, 4), pero también será *“la voz del Señor que bendice a su pueblo en la paz”* (ib. 11). Salvo algunos grupos de fanáticos, ningún miembro de las grandes Iglesias de la Reforma llama al Papa *“el Anticristo”*, y representativas figuras del catolicismo llaman a Lutero *“Doctor común”*; así en 1970 el Cardinal Jan Willebrands, jefe del Secre-

tariado Vaticano para fomentar la unión de los cristianos, o, "Testigo del Evangelio", de acuerdo con la declaración de la Comisión Mixta Católica-luterana, firmada por el Obispo católico, Monseñor Hans Martensen S.J., y por el Dr. George Linndbeck, luterano, copresidente de la misma Comisión.

De significación autoridad incontestable son estas palabras de Juan Pablo II en el encuentro realizado el 17 de noviembre de 1980 en Maguncia con el Consejo de la Iglesia Evangélica, conducido por su presidente, el Obispo luterano, Dr. Eduardo Lohse:

"Evoco en mi recuerdo aquella hora cuando Martín Lutero fue a Roma, en 1510-1511, a visitar las tumbas de los Príncipes de los Apóstoles, como peregrino, pero también como un hombre que buscaba y se preguntaba. Hoy yo vengo a ustedes, a la herencia espiritual de Martín Lutero. Vengo como peregrino".

"Herencia", "Herederos espirituales". Así nosotros católicos no podamos compartir gran parte de esta herencia espiritual, debemos hacer nuestra esta reflexión de John Newman, "No puede admitirse —escribe en su Apología (IV, 1)— que una tan grande parte se halle separada de Roma y haya mantenido su protesta durante trescientos años por cosas sin importancia (. . .) El protestantismo que está tan extendido y que existe ya desde hace tanto tiempo, tiene que contener una gran verdad o muchas verdades y dar testimonio de ellas".

Por eso cuando se analizan los complejos factores y causas, la ecología histórica dentro de la cual se originó la Reforma, el teólogo o historiador católico debe guardarse de manipular los hechos para no desconocer en Lutero y en su reacción apasionada y tormentosa la originalidad que posee.

La historiografía científica sobre Lutero nacida de plumas católicas ha recorrido un itinerario de depuración y de comprensión. El primer gran estudio serio sobre Lutero, escrito por un católico, se debe al dominico P. Enrique Denifle, a principios de este siglo. Macizo e implacable, cayó como un rayo por la riqueza de su erudición. Pero estaba impregnado de animadversión y de un prejuicio radical sobre la autenticidad religiosa del Reformador.

Siguióse, poco antes de la primera guerra mundial, la biografía escrita por el jesuita Hartmann Grisar, asombrosamente documentada, propensa, sin embargo, a insistir en una deformación psicológica, neurótica, de Lutero. No superan una visión aún negativa León Cristiani o Jacques Maritain.

Pocos meses antes de la segunda guerra aparecieron los dos volúmenes del sabio sacerdote alemán, Josef Lortz, que han alcanzado extraordinaria fortuna. Sin desconocer los aspectos inadmisibles para el catolicismo en el terreno doctrinal. Lortz establece un nuevo enfoque de la época y revalúa la profundidad religiosa del Reformador.

En 1973 un gran polígrafo y competente historiador, el jesuita español Ricardo García Villoslada regaló al mundo culto de habla española sus dos volúmenes sobre Lutero, que citamos en la bibliografía, que, a juzgar por las reseñas que ha merecido en nada tiene que envidiar a los estudios clásicos de la historiografía católica alemana. Maestro de la intuición, de la seriedad y de la franqueza histórica, el P. García Villoslada maneja el tema con honradez de científico y con sinceridad de historiador.

“Lutero —escribe G. Martina— tuvo una experiencia personal de Dios, un auténtico sentido del pecado y de la propia nulidad de la que se consolaba por su adhesión a Jesucristo y la ciega confianza en El y en su redención. Su familiaridad con las obras de los místicos alemanes no se explicaría sin un verdadero anhelo por Cristo”. Tiene un sentido trágico de la miseria humana, como se advierte en el comentario de los Salmos penitenciales; pero una confianza arraigada en Cristo que aparece, por ejemplo, en el bellissimo comentario al Pater Noster.

Esa su contextura religiosa lo conduce a sentirse anonadado frente a la inefable y tremenda majestad de Dios. Creo que así como la reforma católica produjo la optimista música del barroco, fueron el espíritu y la piedad luterana quienes impregnaron la solemnidad de Juan Sebastián Bach o la inspiración insuperable de Haendel.

LA ECOLOGIA DE LA REFORMA

Entramos finalmente en nuestro tema. Le hemos llamado “Ecología histórica”. La transformación religiosa fulgurante, sobrecogedora, tumultuosa y violenta que se verifica entre 1517 y la paz de Augsburgo en 1555, a cuya cabeza o en cuyo centro descuella la persona de Lutero, es el resultado de un dilatado proceso de dos siglos en que se entrecruzan factores religiosos, ideológicos, políticos, sociales, culturales, como una maraña indescifrable, si no es en el fenómeno definitivo de la fragmentación unitaria de Europa, y lo que es trágico, en la ruptura de la unidad de la Iglesia.

Aceptamos la verificación histórica de una degradación generalizada de las costumbres, de un aplebeyamiento de los ministros de la Iglesia, de un oscurecimiento de la teología, de un cansancio en los ideales, de una paganización parcial de la cultura. Preguntémosnos, entonces, por hipótesis ¿sin Lutero hubiera venido la revolución religiosa? y sin esa revolución ¿se habría reformado la Iglesia? Más adelante explicó por qué empleo aquí, la palabra “revolución”.

El nuncio Aleandro escribía en 1521 que Ulrico Hutten, ya entusiasta seguidor de Lutero afirmaba que aunque Lutero hubiese muerto mil veces, aparecerían cien Luteros, “y ya parece —dice Aleandro, que el mismo Hutten querría, por razones de emulación ponerse a la cabeza del movimiento, lo que haría con

gusto si esperase que el pueblo le tuviese tanta confianza cuanto profesaba a Lutero". Pero una cosa era ser Hutten, Federico el Sabio Melanchthon, y otra ser Lutero.

¿Sin la formidable explosión de Lutero, se habría reformado interiormente la Iglesia?

Estamos sólo en suposiciones. Trabajando con ellas arriesguémonos a decir que sin Lutero no hubiera ocurrido la revolución religiosa, y que la reforma católica, sin contrarreforma, habría tardado todavía muchísimos años.

Propongamos todavía otro problema sobre el que existe ya verosímilmente un acuerdo histórico ¿Insurgió Lutero como respuesta, como protesta, como solución necesaria, como purificación a aquella ecología tan venenosamente contaminada? Trataré de insinuar a su tiempo una explicación al menos aceptable.

¿Cuáles eran, pues, las patologías que agobiaban a la cristiandad católica en los últimos decenios del siglo XV y los primeros del siglo XVI?

1. La decadencia del prestigio pontificio. Todo el siglo XIV y los primeros decenios del XV están marcados por una humillación profunda del pontificado romano. Setenta años vivieron los Papas fuera de Roma, en Aviñón, y aparecieron no como la suprema instancia libre y desinteresada de la Europa católica, sino como enfeudados, por fuerza de los hechos, a la monarquía francesa.

Nunca hubiera imaginado el alma católica de San Francisco de Asís que con tanta devoción y ternura se expresaba del Papa, "el Señor Papa Inocencio, el Señor Papa Honorio", que un siglo más tarde, los grupos altaneros de "fraticelli", que se creían más franciscanos que San Francisco, aliados con el emperador germánico, validos de la debilidad de un pontificado extrarromano y de la orgullosa profesión de pobreza de que se jactaban, cubrirían de sacasmos al Papa. El afrancesamiento del papado estimulaba todo atrevimiento contra Roma.

Tras Aviñón, el cisma. Porque a partir de 1378 hasta el Concilio de Constanza en 1415, la incertidumbre de los conclaves celebrados en Roma, o fuera de Roma por los nostálgicos cardenales afrancesados, generó la anomalía de un bicefalismo y aun de un tricefalismo en la Iglesia. Es lo que se ha llamado "el cisma de las almas".

Tras Aviñón y el cisma, se abrió paso una nueva concepción eclesiológica, el conciliarismo, como remedio al anómalo estado de la cristiandad. Teoría destinada a dominar ampliamente por decenios la mentalidad general, según la cual la plenitud del poder en la Iglesia se encontraba no sólo en el concilio sino en la masa toda de fieles. Era la traducción práctica de las ideas de Occam y Marsilio de Padua. Los más radicales conciliaristas caldearon la transformación del carácter monárquico de la constitución eclesiástica en un régimen parlamentario.

El definitivo retorno de los Papas a Roma en 1420 se hizo ya bajo los preludios del renacimiento y del humanismo. Los Papas que llegaron hasta 1464 no merecen reproche desde el juicio moral; descolló principalmente Pío II, ya en pleno renacimiento. Pero Roma no poseía ni la intuición ni la fuerza para captar la necesidad de una reforma ni para llevarla a cabo. Tras la muerte del Papa Piccolomini en 1464, la mundanidad invade al pontificado. La decadencia del poder pontificio corre entonces paralela al crecimiento de las monarquías absolutas con una fuerte carga de antipatía hacia el Papa.

Para infortunio de la Iglesia, como un misterio histórico de iniquidad, entre 1464 y 1534 se suceden 70 años de pontificado, brillantes sí por sus realizaciones culturales, pero de tal aplebeyamiento moral que toda catástrofe podía ser esperada. A excepción del excelente Papa holandés Adriano VI (1522-1523), muerto de pesasumbres frente a la montaña de dificultades que se le interponían, ninguno pensó seriamente en actuar a fondo la reforma de la Iglesia. Con Alejandro VI (1492-1503) el prestigio moral de los Papas renacentistas tocó fondo.

2. Tampoco los Concilios, que parecieron en un momento la panacea de aquellas epidemias generalizadas, alcanzaron nada en el terreno de la reforma eclesiástica. El clamor de la cristiandad, "reformatio in capite et in membris"

iniciado en el lejano concilio de Viena (1311-1312), sólo vino a escucharse eficaz e intrépidamente en el de Trento, a mitad del siglo XVI, cuando la ruptura de la Iglesia se había consumado fatalmente.

3. No se ha atendido suficientemente a la catástrofe natural de la peste negra (1348-1350), que en dos años mató a la mitad de la población europea. El historiador anglofrancés, Hilaire Belloc, y sobre todo Enrique Denifle, han presentado patéticamente la significación del espantoso flagelo con la mortandad en casi todos los conventos, que empezaron a llenarse de nuevo con gentes sin vocación, vividores y holgazanes. La vida religiosa perdió su sentido de signo escatológico y será objeto, durante los años de Lutero, de las más mordientes críticas del influyente Erasmo de Rotterdam y del ataque de los reformadores.

4. El descrédito del episcopado con sus lacras de simonía, acumulación de beneficios, aulicismo cortésano, falta de residencia, mundanidad de los prelados, como el de Magnuncia, Diettrich von Isenburg, el de Estrasburgo, o el de Colonia, Hermann von Wied, que en toda su vida, habían celebrado una o dos veces los divinos oficios, el fasto y relajación también en Francia y en Italia, aumentaban las sombras de aquel cuadro ya de por sí tan oscuro.

Frente a la opulencia del alto clero, se agitaba desesperada y ame-

nazante, la amplia franja de un proletariado eclesiástico, inmoral, analfabeta y miserable. Pululaba a centenares en cada ciudad viviendo sacrílegamente de la apresurada celebración de la misa a trueque de recibir un hambreado estipendio con que aumentar el salario de su oficio de albañiles, zapateros y carniceros para socorrer a las necesidades de la familia.

5. Por otra parte la exposición de la doctrina católica había caído en una penumbra teológica; ha hecho notar el historiador del Concilio de Trento, Hubert Jedin, que los abusos en la celebración eucarística contribuyeron no poco a fomentar los errores sobre la naturaleza del augusto misterio. El menosprecio de Erasmo y la irrisión que hace Lutero de la teología escolástica se debían a la decadencia que había sufrido por la charlatanería de pseudoteólogos empeñados en reducirla "a torneos dialécticos y a fórmulas vacías, a contiendas de escuela que sembraban el escepticismo" (R. García Villoslada).

El gran desorientador del pensamiento y de la metodología teológica había sido el escéptico y contradictorio Guillermo de Occam, echando en el siglo XIV la semilla de la duda sobre la constitución de la Iglesia. Wiclif y Hus no influyeron directamente en Lutero, como él mismo lo reconoció en los comienzos de su movimiento, pero impregnaron el ambiente. A aquellos pertenecen las fórmulas de la "Scriptura Sola de "La Iglesia invi-

sible de los justos", el ataque a la libertad humana, los juicios católicamente erróneos sobre la naturaleza de la Eucaristía y del ministerio del Papa.

Cuando, en parte como reacción a la vaciedad doctrinal de las escuelas teológicas, nació y se desarrolló poderosamente el evangelismo y el paulinismo de Erasmo, de Lefebvre d' Etaples, de John Colet, la teología sistemática se encontraba desacreditada hasta el extremo y en gran parte desarmada.

TALANTES RELIGIOSOS DISTINTOS

Relajación moral, decadencia de la autoridad pontificia, desprestigio de la teología, conformaban de por sí una ecología epocal que invitaba o a una reforma profunda o a una sublevación revolucionaria. La unidad religiosa de Europa que era así mismo unidad política va a sufrir un agrietamiento provocado por los nacionalismos aparecidos ya con su imponente amenaza desde principios del siglo XIV.

El Evangelio se encarna en pueblos y culturas y está de por sí llamado a conservar su soberana independencia. Es nuestra pasta humana quien lo aprisiona y desvirtúa, si bien el Señor no ha prometido inmunizaciones químicas a la experiencia que cada cultura o cada civilización haga del Evangelio. En la Alemania de los siglos XIV-XVI se fue incubando una animadversión profunda por todo cuanto históricamente Roma significaba.

No faltan historiadores que señalan como trasfondo de las escisiones cristianas un larvado o exasperado nacionalismo. El antagonismo entre alemanes e italianos no podía escapar al ojo y a la pluma de Erasmo de Rotterdam. Los "Gravamina nationis germanicae", algo así como un "Memorial de agravios", se suceden desde la Dieta de Frankfurt en 1456 hasta la de Núremberg en 1523. Quien lea uno de los primeros escritos polémicos de Lutero, "A la nobleza cristiana de la nación alemana", descubrirá pronto que está respirando por la herida de su alma germánica y apretando uno de los registros a que más sensibles se mostraban los alemanes. Infortunadamente la política de los Papas de Aviñón en el siglo XIV y el sistema fiscal de la Curia en el siglo XV habían dado ocasión a un exacerbado antirromanismo del mundo germánico. "El papa es un bandido —escribía Ulrico de Hutten— y la cuadrilla de ese bandido es la Iglesia. ¿A qué aguardamos? Si los alemanes no tienen espada contra Roma, la tendrán los turcos".

Así se explica el empeño del luteranismo de celebrar un concilio de la nación alemana. No sé si con acierto o no, Imbart De La Tour ha escrito que Lutero tenía sobrada capacidad para crear no un cristianismo de corte universal sino de corte germánico.

Pertenece a un santo católico austríaco, San Clemente María Hofbauer, esta expresión: "La reforma protestante surgió porque

los alemanes tenían y tienen la necesidad de ser piadosos". Entra aquí, pues, la mención de un fenómeno que tuvo profundo influjo en aquella época histórica de Alemania, y en el alma hondamente religiosa de Lutero: el misticismo germánico, tan diverso del misticismo español. No sabemos si Lutero conoció al Maestro Eckhardt, pero sí experimentó incisivamente el influjo de Tauler, su maestro de la "Theologia Crucis". Ahora bien, desde nuestra apreciación católica, estos místicos parecen exasperar excesivamente la nulidad de la actividad hemana, la corrupción de la naturaleza caída.

Sin duda el escrito no bíblico que causó mayor impacto en el espíritu de Lutero, cuyo autor sigue siendo desconocido, fue el que Lutero tituló "Ein deutsch Theologie", o "Theologia Teutsch" y en latín "Theologia teutonica"; título bien significativo, como que hacía énfasis en la teología de los alemanes espontánea y errabunda, contrapuesta a lo que le parecía sistematización árida y cuadriculada de la teología romana.

Sus ideas se acoplaban muy bien con las de Lutero en sus sentimientos de anonadamiento frente a la grandeza de Dios, tremenda, pero también misericordiosa. Muy diverso espíritu animaba, por sólo establecer una comparación ilustrativa, a esta suerte de abandono en Dios, el voluntarismo místico de los Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola.

LAS MOTIVACIONES DE FONDO

Llegado a este punto, quisiera dar una explicación a los oyentes católicos aquí presentes. El reconocimiento de nuestros pecados no debe constituir una suerte de masoquismo espiritual, una catarsis vergonzante, como si toda la historia de nuestra Iglesia católica fuera, o hubiera sido un rumbo extraviado de equivocaciones, de pecado y de mala fe. Hermas en el siglo II, Orígenes en el III, San Agustín, por ejemplo en su tratado "De catechizandis rudibus", San Bernardo en el siglo XII, Santa Catalina de Siena en el siglo XIV, no titubean en llamar las cosas por su nombre. Pero el pecado en la Iglesia no sólo no enfrió su amor y su admiración extasiado por ella, sino los estimuló a trabajar en su purificación interior.

Voy, pues, a hacer una afirmación que a no pocos parecerá sorprendente. La tomo ante todo de dos historiadores protestantes.

Lucien Febvre asevera que es cuestión mal propuesta decir que la protesta de la Reforma luterana se debiera a los escándalos y a la decadencia que envilecían a la cristianidad católica. El clamor se levantaba contra lo que creían una perversión de la doctrina. Querían una religión sin hipocresías.

Por su parte, Georg von Below niega el influjo de las causas económicas, sociales, políticas. No acepta que el espectáculo de la corrupción fuera la causa de la sublevación personal de Lutero. Para Von Below

sólomente actuaron causas espirituales y religiosas: "la aspiración a una religión más pura que la que ofrecía la decadente Iglesia medieval, el deseo ardiente de salvar el alma con certeza, el misticismo de Lutero, su personalidad creadora, sus ideas teológicas". (García Villoslada).

Es cierto que el sincero y excelente Papa Adriano VI enviaba a su Nuncio, Francisco Chierigati, a la Dieta de Nüremberg (1522-23) reconociendo con cristiana humildad todo el peso de culpa que recaía sobre la Iglesia, en particular sobre los prelados y la Curia Romana; es cierto que en 1536 la comisión formada por el Papa Paulo III confesaba paladinamente y enumeraba con valentía las lacras de la Iglesia, pero, inesperadamente para nosotros, Lutero en su manifiesto "A la nobleza cristiana de la nación alemana", señala como abusos que reformar, no propiamente las depravadas costumbres sino concretos puntos doctrinales: la distinción entre laicado y sacerdocio, el derecho exclusivo del magisterio eclesiástico para interpretar la Escritura; el derecho del Papa a convocar concilios ecuménicos.

Afirma Josef Lortz que Lutero no quedó especialmente escandalizado por lo que vió en Roma en 1510-1511, y que sólo tardíamente hará memoria de aquella experiencia. En sus célebres Tischreden, "charlas de sobremesa", llegó a hacer afirmaciones como estas: "La vida de los papistas es tan mala como la nuestra; mas no les acusa-

mos de inmoralidad sino de error en la doctrina". En otra ocasión: "Aunque el Papa fuera tan santo en su vida como San Pedro, para nosotros sería un impío". "No soy yo —decía otra vez— como Erasmo y otros que critican en el papado sólo las costumbres; yo combatí las dos columnas del papado, la vida monástica y la misa". El propio Lutero no murió con la satisfacción de haber logrado una enmienda radical de costumbres en su Iglesia, y habiendo hecho una apasionada defensa de la monogamia en su escrito "De captivitate Babylonica", justificó más tarde la bigamia de Felipe de Hessen.

"Lutero y Melanchthon adujeron como motivo primario de su ruptura con la Iglesia, la doctrina —que tanto los consolaba— de la justificación por la fe sola".

Si, efectivamente, la Reforma del siglo XVI tuviera como causa una protesta contra el relajamiento moral de la cristiandad católica, no se ve por qué no se produjo un hecho análogo en regiones igualmente o peor contaminadas de Europa, como Italia y Francia.

Otra cosa es que el ambiente, la atmósfera, la que denomino en el título de esta exposición, "ecología histórica", propiciaron una respuesta espectacular de tipo social, operativo, moralista, al pensamiento teológico de Lutero expuesto con ardiente pasión, con intuición psicológica genial. El clamor y el empeño de Lutero para responder a necesidades profundamente senti-

das tenía que encontrar incisiva resonancia. Se levantó una voz que habló de libertad y de Biblia, dice Yves Congar, y esa voz fue escuchada y acogida.

LA REFORMA CATOLICA YA HABIA EMPEZADO

No creamos, sin embargo, que la Iglesia católica estuviese totalmente aletargada. Muchos y de sus mejores miembros clamaban desde hacía tiempos por una "reformatio in capite et in membris". Frente a los innegables escándalos existía un vigor de raíz popular, de noción auténtica de predicación intrépida. Ejemplo patético es Jerónimo Savonarola. Johanns Janssen, en su obra monumental de 8 volúmenes, "Historia del Pueblo alemán", saca a luz si bien con excesiva propensión apologética, la presencia de ricas reservas espirituales católicas florecientes en Alemania. Desde España hasta Polonia circulaban fuertes impulsos de renovación que constituirían a mitad del siglo XVI una irresistible corriente de obras e iniciativas católicas, de caridad, de maciza teología, de ímpetu misionero, de revitalización de la vida conventual. Si la realización artística es la expresión consumada del alma de las culturas, no puede generalizarse temerariamente una degradación medular de la sociedad europea. Entre 1450 y 1515 se construyeron, por ejemplo, las catedrales de Viena, de Ulm, de Lübeck, de Friburgo, de Dantzig. Veamos si tiene par en la iconografía cristiana el retablo de los hermanos Van

Eyck de la catedral de Gante, o la pintura mística de Hans Memling o de Matías Grünewald, o en la plástica, el retablo gigantesco de Veit Stoss trabajado para la catedral de Cracovia.

Para nosotros la restauración católica, la conversión de la Iglesia obrada en el mismo siglo de la Reforma luterana, no se improvisó ni se inventó en un día: contaba con una prehistoria callada y pacientemente gestada. Grandes adalides del evangelismo y paulinismo de la época, es decir de aquel movimiento espiritual que luchaba por el retorno límpido a las fuentes escriturísticas, como Erasmo, Colet, Tomás Moro, Lefebvre d' Etaples, no obstante el sesgo independiente de su temperamento y de la justificable alergia de su pensamiento a las sistematizaciones de una teología decadente, permanecieron dentro de la Iglesia católica. Tomás Moro fue mártir de la fe. Es verosímil que sólomente muy pocos de nuestros contemporáneos sepan que dos años antes del nacimiento de Lutero murieron mártires de la fe más de seiscientos fieles en el puerto italiano de Otranto, degollados por los turcos, que han sido elevados al honor de los altares.

"LUTERO FUE SIEMPRE LUTERANO"

Viene ahora la pregunta azarosa que Lortz formula de este modo: "¿Cómo fue o se hizo posible en absoluto que Lutero mirase el sistema transmitido, los usos exteriores, la doctrina, la disciplina y el senti-

do profundo de todas estas cosas con unos ojos tan distintos de aquellos con los que había sido enseñado a mirar estas realidades por un sistema coherente, firme y seguro desde hacía tantos siglos, por un mundo que vivía dentro de este sistema? (. . .) ¿Cómo pudo ocurrir que Lutero se hiciese tan completamente otro?"

Se presenta una respuesta que, dentro de su esquematismo puede parecer banal hasta el extremo, casi una escapatoria al problema histórico que nos ocupa, al reconocimiento de la capacidad del pecado que corroía a la sociedad católica y a sus máximes responsables.

Puede parecer igualmente mezquina con la genialidad religiosa de Lutero, como si todo hubiera dependido de su temperamento y de las simples circunstancias en que históricamente le correspondió vivir.

La respuesta, oída a un sabio historiador de aquella época es ésta: "Lutero fue siempre luterano". Los grandes principios teológicos que conformaron y orientaron la síntesis de su vida, si bien se fueron haciendo para él más decisivos y se fueron radicalizando, habían brotado en su espíritu mucho antes de su abierta ruptura con la Iglesia en la que había nacido. Tales son: "sola gratia, sola fides, sola scriptura".

No sabré decir nada hasta qué punto tales principios enardecieron la querrela de las Indulgencias en

1517 o esta querella exaspero esos principios. Ni tampoco hasta qué punto un tino prudente y cristiano de muchos interlocutores de Lutero hubiera tenido como consecuencia un Lutero luterano y católico. Es demasiado decir!

Entre 1517 y la disputa de Leipzig en 1519, cuando se consuma abiertamente la ruptura (es entonces cuando se descubre a sí mismo como husita, sin haber aún conocido a Hus), Lutero repitió, y aun lo hizo en obsecuente carta a León X en mayo de 1518, que no quería apartarse de la Iglesia Romana.

DOS IGLESIAS

Abordo ahora, por cierto con sincero temor de resultar ofensivo, de no exponer correctamente el problema, una cuestión que no debe ser soslayada. Prefiero citar a Josef Lortz que escribe: "El resultado de la obra de Lutero no fue, como él creyó, una restauración de lo genuinamente cristiano sino una revolución. Esto lo conceden hoy aun los mismos protestantes".

Karl Rahner afirma, por su parte: "Está claro históricamente que el originario cristianismo protestante del tiempo de la reforma según se pone de manifiesto en la Confessio Augustana consideraba a la Iglesia con Obispos y Papas, como la Iglesia legítimamente transmitida, y que se salió de ella porque estaba íntimamente persuadido de que esa Iglesia concreta no conservaba simplemente, o con suficiente claridad

el verdadero cristianismo, la doctrina de la sola gracia salvadora".

¿Por qué razón planteo aquí este problema? Primeramente, porque a juicio de los historiadores, lo que había que reformar radicalmente eran las costumbres del pueblo, la moralidad del clero alto y bajo; había que restaurar totalmente el sentido de la pastoreación episcopal, había que reformar a la curia romana y al Papado, había que diafanizar la teología. Lutero, Melancthon, Bucero, vieron, con amargura, que tampoco entre los cristianos reformados la Palabra de Dios había producido sus efectos.

En segundo lugar propongo el problema, porque la Iglesia de Cristo quedó totalmente dividida. No son ya éstos los tiempos en que recaigamos en recriminaciones estériles: "De quién fue la culpa?" El Papa Juan Pablo II después de su encuentro con los representantes de la Iglesia evangélica de Alemania, durante la visita a aquella nación, reunido con miembros de otras confesiones cristianas, recitó la confesión de culpas que en 1523 entregó su antecesor, Adriano VI, al Nuncio que marchaba a la Dieta de Nüremberg.

Y es que, siguiendo las ideas de Yves Congar, en su profundo estudio sobre "Verdaderas y falsas reformas en la Iglesia", se propone la siguiente distinción: hay reforma, renovación, restauración, cuando a partir de la identidad original de la Iglesia, de sus potencialidades espi-

rituales, de su capacidad de retorno a su vigor profundo, se rehace, dentro de la caridad y la comunión el ser mismo deformado de la Iglesia sin *re-inventar* otra Iglesia. Cuando de los esfuerzos reformadores resulta algo fundamentalmente diverso, ha ocurrido una transformación sustancial, otra Iglesia.

Decimos los católicos que la Iglesia realmente se reformó en el siglo XVI. Reapareció el fervor y la voluntad, se restauró por conversión el principio de autoridad, se recobró la efusión mística, vino el siglo de los santos, de los teólogos y de los misioneros, con su anhelo de acción de martirio, siglo que causaba tanta admiración al protestante Adolfo Harnack.

De la vida interior de la Reforma protestante, aplacándose el torbelli-

no de las polémicas entre las dos confesiones, el catolicismo no puede ignorar un aporte riquísimo, medular que le ofrece la teología y la experiencia vital de aquella: centrar la vida personal y comunitaria "en lo último, en lo auténtico, en el motor primero de toda acción eclesial, que, captando el sentido profundo de la sólo gracia y la sólo fe, reconozcamos que son éstas las que salvan y que nosotros los católicos en medio de toda la dirección por la historia de los dogmas y el magisterio de la Iglesia hemos de volver siempre de nuevo a las fuentes, a los orígenes de la Sagrada Escritura y sobre todo del Espíritu Santo que por la gracia de Dios constituye el centro más íntimo de nuestra existencia y opera desde allí". (K. Rahner).